

# ÚLTIMA PARADA

## Confieso que he viajado

Agustina Sario  
Bailarina y coreógrafa



Francia



Primera parada. Gordes invita a viajar mil años atrás con sus casas de piedra, las calles serpenteantes y el castillo', dice Sario.

## De Lyon hacia la Costa Azul

La idea era recorrer en auto pueblos del sur de Francia. Atravesar la Provença y llegar a la Costa Azul. Salimos de Lyon por la Autopista conocida como 7. Junio es el mes ideal porque todavía no hace tanto calor y la lavanda comienza a pintar los campos.

Hicimos una primera parada en Gordes, un pueblito de casas de piedras blancas que está en la colina del Vaucluse, a 370 metros de altura. El pueblo invita a viajar mil años atrás: su silencio, sus casas de piedra con ventanas celestes, las callecitas serpenteantes y el castillo que domina en la colina y hacen del pueblo un lugar de ensueño.

En sus calles no hay vecinos ni turistas, y uno puede espiar el interior de pequeños cafés y algún atelier de artista. Seguimos por una colina que alternaba bosquescitos y vistas panorámicas hasta desembocar en un valle de silencio y flores celestes. Una curva perfecta entre dos laderas donde accede la Abadía de Senanque. Todo parece preparado para penetrar en un sitio especial. El estacionamiento

### QUIÉN ES

Agustina Sario es bailarina y coreógrafa, asistente coreográfica en la Cia. Nac. de Danza Contemporánea de Cultura de la Nación. Residió muchos años en Francia. Protagoniza "4 Movimientos para una sinfonía", los jueves de marzo a las 20.30 en OCCMabienzo (Pringles 1266).

está lejos, hay que caminar bastante lo que hace pensar en algo que ocolto entre las montañas.

La arquitectura sobria, no por austera deja de ser imponente. Esta abadía cisterciense fundada en el siglo XII atravesó periodos de oro, decadencia, guerras y reconstrucciones. Casi sin decoración, el haz de luz que entra por las aberturas le da un aspecto sublime. Las diferentes partes de la abadía se comunican por un claustro, un patio interno con unas columnas simples y firmes, con capiteles suaves y únicos. Al cuerpo principal de la Iglesia se suma un ala donde duermen los monjes. Allí vive una congregación de monjes que distribuyen su día entre el rezo, el estudio, el trabajo en los campos de lavanda, los olivos y los servicios religiosos. Al llegar a la Iglesia, en la que por el silencio se escucha hasta la respiración, nos cruzamos con un grupo de monjes vestidos con túnicas de color y un cordón en la cintura. Sobrios, centrados y concentrados se acomodaron en el altar, en dos gradas en-

frentadas y comenzaron a cantar en latín a copello. Llenaron el espacio con sonidos profundos y trascendentales. La Abadía es un lugar casi oculto, protegido por las montañas, que nos hace viajar muy lejos en el tiempo. Cuesta mucho irse por la suavidad que despliega.

En la Costa Azul todo cambia. Acostumbrada a las playas anchas y largas de nuestra costa, me encontré con la ruta sinuosa que bordea el acantilado. Desde el auto se ve el Mediterráneo, una tela turquesa coronada de piedras blancas. Son unos 20 km de una ruta. Sin darnos cuenta el paisaje va cambiando hasta que lo marítimo invade todo. Llegamos a Cassis, un hermoso pueblo pesquero con casas de colores y embarcaciones llenas de redes. También enormes yates que se acomodan en el muelle. Hacia el final del día, sentados en un restaurante del puerto de Cassis, comimos una bouillabaisse: una deliciosa sopa de pescado. Allí nos detuvimos a mirar el mar y soñar con volver.